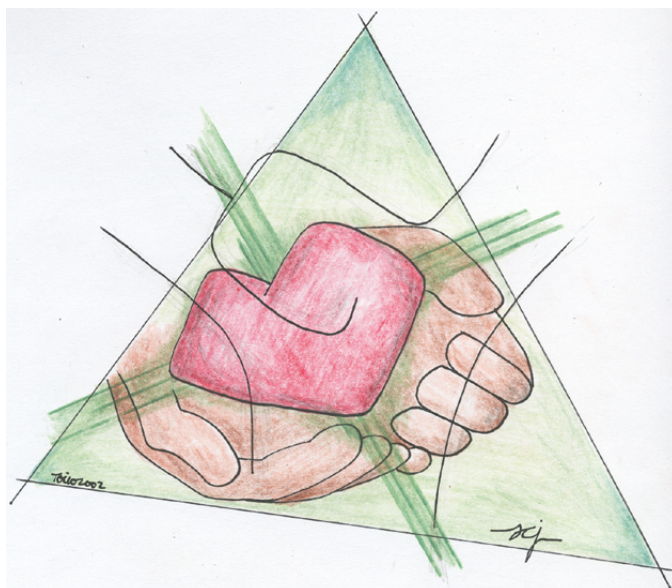


LA OPCIÓN FUNDAMENTAL

Desde hace ya algún tiempo os venimos lanzando la idea de la “opción fundamental” como un reto que hay que asumir en este preciso momento que estáis viviendo en el grupo de *formación*. A algunos puede que lo de “fundamental” les asuste porque suena demasiado contundente; a otros es la “opción” la que les produce vértigo, porque hoy día parece que elegir es renunciar y perder... Sin embargo, para los que habéis hecho un proceso maduro de crecimiento en vuestra fe y en vuestras convicciones, lo experimentaréis como un reto que a la vez os inspira cierto temor y seducción.



No tengáis miedo. Vivir es elegir. El que no elige ya ha elegido la peor de las posibilidades: quedarse quieto. Es más, la posibilidad de hacer elecciones fuertes nos da la posibilidad de demostrarnos a nosotros mismos quienes somos y hasta dónde podemos llegar. No tengáis miedo: elegir es descubrir que, detrás de la renuncia, hay un millón de nuevas promesas.

1. El Valor de Frodo y la confianza de Dori

Hay dos personajes del cine que me vienen a la memoria en este momento. Uno es Frodo, del Señor de los Anillos (1ª Parte), en la escena en la que se celebra una asamblea de representantes de todas las razas y seres de la Tierra Media, para ver qué se puede hacer con el anillo de poder. Después de la discusión y de echarse los perros unos a otros, Frodo se levanta y dice con la voz bajita pero resuelta: “Yo lo llevaré”. Frodo asume, no sin cierto pesar, la responsabilidad que sabe que es suya. Una responsabilidad que le supera: él no es más que un hobbit, demasiado pequeño y demasiado débil. Sin embargo, es el único que puede resistir al poder del anillo. A nosotros nos toca asumir una responsabilidad, un reto, que puede que nos supere: ser testigos de Cristo Resucitado en medio de este mundo. Sin embargo, no nos subestimemos. En medio de nuestra debilidad hay alguien que le encanta deshacer imposibles.

Pero el personaje de Frodo no es del todo redondo: su tarea no es para nada alegre, está llena de desdichas. Y ese no es nuestro futuro. Nuestra tarea tiene que ver más con otro personaje adorable: Dori, de “Buscando a Nemo”. Sobre todo me encanta la confianza (a veces absolutamente inconsciente) que Dori tiene en la vida. Disfruta de cada momento como si fuera el último y, sin embargo, no renuncia a vivir la vida con responsabilidad: acompaña a Marvin incluso a través de las medusas. Y lo acompaña

hasta el final, soportando su mal carácter, animándole, siendo incondicional. Lo que más me llama la atención es su disponibilidad. Esa disponibilidad que nace de la conciencia de sentirte amado en todo momento. Disponibilidad que te hace entender que tus prioridades, tus sueños egoístas no son tan importantes como emprender un camino juntos...

Yo os invitaría a combinar el valor de Frodo con la confianza y la disponibilidad de Dori: seriedad y alegría a partes iguales.

2. La opción fundamental

2.1. La hora de la verdad

Seguramente estáis experimentando un momento especial en vuestras vidas. Por un lado, las fantasías de la adolescencia (yo no me voy a equivocar nunca, amaré siempre a esta persona, la amistad lo es todo, etc.) empiezan a desaparecer. La universidad, la experiencia de las propias meteduras de pata, la complejidad de las relaciones humanas, seguro que ya han hecho mella en esa especie de “buen rollito” con el que se sale de la adolescencia. El final de vuestras carreras está más cerca y con ello la incertidumbre del futuro laboral.

Habéis tenido experiencias distintas, tenéis más claro lo que queréis ser y, sobre todo, lo que no queréis ser. Tenéis más convicciones de las que os sospecháis.

Hasta ahora habéis vivido como si estuvierais en un campo de entrenamiento, como si todo fuera experimental. Dentro de unos años, la vida ya no es un experimento que puedas repetir si te sale mal. Es ahora, en estos maravillosos años en los que hay que ir empezando a tomar opciones fundamentales para que el futuro se pueda construir sobre roca firme.

En definitiva: está llegando la hora de la verdad. Cada uno de vosotros está llamado a tomar su “anillo de poder”, y empezar a hacer de su vida un proyecto coherente.

2.2. Del yo al tú

En cuanto a la fe, pasa lo mismo. Hasta ahora habéis vivido cientos de experiencias en las que lo fundamental era la palabra yo: “Yo decido”, “yo voy a un campo”, “me apetece este año ir al camino”, “yo me comprometo con los Amigos de Jesús”, “me ayuda la oración”... Incluso, si analizáis los momentos en que compartimos en las oraciones, la palabra que más se repite es “yo”: “a mi la Palabra me dice”, “me parece que Dios...” Y no está mal.

Se trata de la primera etapa del seguimiento: el discípulo se deja provocar y seducir. Predomina la relación del Yo al Tú, pero el centro sigue siendo uno mismo. Se trata de la etapa donde uno aprende, descubre cosas dentro de sí, conoce quién es Dios, experimenta cosas...

Ahora llega un momento en el que toca ir madurando, haciéndose adulto. Y madurar es el proceso por el cual el “YO” va dejando de ser el centro a favor del “TU”. ¿Qué pensaríais de un tío o una tía con vuestra edad que en una relación de pareja solo piensa

en sí mismo? Pues esto es lo mismo. La opción fundamental implica que vayamos desplazando nuestro centro vital del “YO” al “TU”.

Hasta ahora, en nuestra oración, en nuestra meditación predominaban este tipo de preguntas: “¿Quién es Dios para mí?” “¿Quién soy yo para él?” Quizá esta última es la que más nos afecta. En el fondo muchos de nuestros actos están encaminados a dar una imagen de nosotros mismos aceptable para los demás, también para Dios.

Las preguntas que ahora deberíamos empezar a hacernos con mucha radicalidad son estas: “¿Quién eres Tú, Dios, para que yo me fíe de ti?” Y su correspondiente: “¿Quién puedo llegar a ser Yo, si me fío de Ti?” Si os dais cuenta, estas dos preguntas apuntan al futuro, te proyectan hacia delante, te hacen salir de tu posición actual y te lanzan hacia un proyecto de vida concreto. Ese proyecto de vida concreto hay que empezar a construirlo ahora.



2.3 La opción

Hay una etapa en la vida de fe en la que se “usa” la fe más que se vive. La fe llena, seduce, te hace sentir cosas e, incluso, te hace cambiar. Te abre a un mundo nuevo. Por momentos se necesita vivir en ese mundo, se echa mucho de menos cuando uno se aleja. Sin embargo, son las necesidades afectivas propias, o los intereses individuales los que dirigen la propia fe. Por decirlo de una manera un tanto drástica: creo porque me interesa, porque me viene bien, porque me hace sentir mejor. Esto no es malo. Porque, seguramente os ha llevado a asumir cosas contra vuestro propio gusto, e incluso a comeros marrones: o sea, no todo ha sido agradable ni egoísta. Pero lo fundamental en vuestra vida de fe ha basculado del lado de lo que habéis obtenido de la fe, y no tanto del lado de lo que habéis dado.

La **opción fundamental** se produce cuando un creyente decide libremente asumir con todas las consecuencias un proyecto de vida orientado desde el evangelio. Esta opción no se toma pensando en lo que se va a recibir, en lo que la fe me aporta. Lo que me aporta la fe ya lo sé, y nadie me lo puede quitar. La opción se toma desde lo que yo estoy dispuesto a dar a partir de ahora. Poniendo un ejemplo se entiende mejor. A veces me parece que hay dos tipos de parejas: unos que se casan por lo que obtienen el uno del otro y, lo que les suele pasar es que, cuando se aburren de lo que el otro les da, se acaba el amor; otros que, habiendo disfrutado de lo que les daba el amor, se casan haciendo juramento de creer en el amor a pesar de todo.

Ahora se trata de lo mismo. Se trata de hacer memoria para ver qué nos ha dado la fe. Asegurarnos de que ha merecido la pena. Y si lo ha merecido, se trata de elegir definitivamente seguir a Cristo, pero no por lo que nos da, sino porque creemos que es auténtico. De esta manera se asumen los riesgos de la fe, igual que el que cree en el amor, asume los riesgos del amor y no abandona cuando el amor deja de ser dulce.

La opción fundamental ha de ser ante todo libre. Es el sujeto desde su más profundo centro el que la asume. Por eso hay que estar atento a las motivaciones que nos llevan a tomar una opción así. A veces actuamos por lo que los demás dicen o esperan de nosotros. Otras veces actuamos por inercia. Otras veces actuamos por prescripciones morales: “yo tengo que ser así porque es lo que debo hacer”. Aquí no sirve ese tipo de motivaciones. Se trata de elegir libremente algo que te ha cautivado y se te ha revelado como auténtico.

2.4. Fundamental

Fundamental quiere decir que “da fundamento”. La fe no puede vivirse como una faceta más de la vida: yo soy creyente el sábado por la tarde y el domingo, igual que soy estudiante cuando estoy en la universidad, o soy el rey del mango cuando estoy de fiesta. La fe configura toda nuestra existencia y si no, no es fe. La fe ilumina todo lo que soy y lo que hago. Por eso la opción fundamental debe ser, por una parte un sí, un lanzarse; y por otra, un revisar y proyectar la vida de una manera nueva.

3. La vida moral

Por decirlo de algún modo, a partir de la opción fundamental la máxima preocupación del cristiano que quiere seguir a Jesús es la moral. Hasta ahora nos hemos preocupado primordialmente de conocer a Jesús, de interpretar su mensaje, de situarnos personalmente ante él. Ahora lo que toca es aprender a vivir como él: identificarnos con él. Llevar una vida según sus criterios, apoyada en sus valores. Llega el momento de realizar en nuestra vida lo que tanto nos fascinó de la vida de Jesús y de la vida de otros seguidores suyos.



Llevar una vida moral no significa aceptar unos preceptos dictados por la Iglesia. Hacer eso es absolutamente inmoral. Pero también es inmoral decir que eres creyente y, sin embargo tus actitudes y comportamientos no tienen nada que ver con Jesús. En primer lugar, la máxima ley de la moral es el mandamiento

del amor. Asumir la opción fundamental por Jesús es aceptar el mandamiento del amor como principal regla de comportamiento personal: por encima de los propios intereses y de la propia salud. Amar, para un creyente, está por encima de todo.

El amor de Jesús es un amor proexistente, es decir, que se da constantemente a los demás: es un amor descentrado de sí mismo. La opción fundamental supone querer realizar en nuestra vida este principio.

3.1. La conversión como objetivo prioritario

Convertirse no es simplemente creer en Jesucristo, sino llegar a ser como él. Quien dice “sí” definitivamente a Cristo, se compromete a parecerse cada vez más a él. Por eso la vida del cristiano está en constante conversión.

Los ritmos que la Liturgia de la Iglesia nos marca a lo largo del año son importantes para fomentar esta permanente actitud de cambio de vida. Uno de los problemas más frecuentes de los cristianos de hoy es, precisamente, que nos acostumbramos a nuestros errores. Como, aparentemente, seguimos metiendo la pata en lo mismo, nos conformamos y, al final, abandonamos cualquier idea de cambiar.

El cristiano de hoy solo será creíble para el resto de contemporáneos, si permanece en una actitud constante de aceptación de la verdad. No quiere decir esto que debamos estar siempre fustigándonos y lamentándonos de no ser mejores. No tiene nada que ver con eso. Es más bien, el tener la humildad suficiente como para pedir perdón siempre, y no cansarnos nunca de buscar el bien.

3.2. Vivir la vida como don

Leído todo hasta aquí, puede parecer que tomar una opción fundamental es algo difícil, casi heroico, reservado a unos pocos, dentro de los cuales yo no me veo. No. No es así. Optar por Jesús, es optar, ante todo, por la capacidad que Él tiene de transformarnos. Decir sí a Jesús, no es abolir la posibilidad de traicionarle. Le traicionaremos muchas veces más todavía. Decirle un sí definitivo a Cristo, significa creer ciegamente en que Él puede hacernos mejores.

La conversión no es algo que podamos conseguir con nuestras fuerzas, es un don. En realidad **todo es don**. La opción fundamental es abandonarse a esta certeza.

De esta manera, es nuestra debilidad y no nuestra fuerza la que importa. Porque le estamos diciendo “sí” al Dios que nos hace fuertes precisamente en nuestra debilidad.

Por eso no es posible identificar el proyecto cristiano con el de un héroe. Los cristianos no estamos llamados a ser **héroes**: personas que hacen cosas grandes por medio de su esfuerzo; sino **testigos**: personas que con su vida demuestran lo que Dios es capaz de hacer con nuestra debilidad.



Aunque el esfuerzo es imprescindible, vivir la vida como don, tiene más que ver con la actitud de docilidad, de disponibilidad y de confianza. El cristiano es Frodo pero llevando el anillo como lo lleva Dori.

3.3. Las obras de la justicia

Quizá este es el aspecto más radical de la **opción fundamental**. Seguir a Jesús es tomar definitivamente parte en la lucha por la justicia. Los pobres, marginados, olvidados, despreciados, los últimos, tienen que empezar a tomar parte importante en nuestras

vidas. Jesús fue una víctima del mal. Nosotros, si queremos seguirle tenemos que tomar partido por las víctimas.

Y ¡ojo!, las víctimas no son siempre las más explícitas: africanos, inmigrantes, niños del comedor de Bahía... Nuestro compromiso será real y creíble cuando seamos capaces de identificar los pobres que nos rodean en nuestro círculo más íntimo: personas con mala suerte, familiares que no obtienen todo el reconocimiento que se merecen, personas equivocadas, amigos, hermanos que no nos caen bien...

4. La oración como centro de la vida

Para todo esto solo hay un camino: hacer de la oración el centro de nuestra vida. No se trata de estar orando todo el rato, sino de que el eje de nuestra vida siempre pase por la oración. Orar es precisamente eso, recuperar cada día el eje de nuestra vida y ponerlo delante de Dios. Recordar cotidianamente que estamos fundamentados en el amor, eso es orar.

El cristiano de hoy debe ser un místico. O sea, alguien que experimenta y goza el amor de Dios en su propia vida cotidiana. Nuestro reto es precisamente ese, llevar la oración a nuestra vida cotidiana. Para ello no hace falta rezar mucho, sino hacer que la oración esté en todo lo que hacemos.

Solo desde la oración uno puede convertirse. Solo desde la oración uno puede decir sí a Dios. Solo desde la oración uno puede levantarse después de haber caído por enésima vez. Solo desde la oración puede ver el rostro de Cristo en el más pobre, en el que más asco te da.

Desde la oración todo se ve más real, y por tanto, más fácil.

5. Preguntas para compartir

- a) ¿Qué no has comprendido o qué te causa confusión de lo leído?
- b) ¿Qué destacarías de todo el texto? ¿Has entendido bien lo que significa la “opción fundamental”?
- c) ¿Te sientes en el momento vital oportuno para plantearte la “opción fundamental”?
- d) De todo lo dicho, ¿qué crees tú que debería ser prioritario hoy en tu vida para ir dando pasos hacia la “opción fundamental”?
- e) ¿Qué miedos o resistencias te surgen en el interior al plantearte todo esto?